

# CLARIDAD

Periódico de Sociología, Crítica y Actualidades

Redaccion y Administracion: Alameda 948. Santiago

Dirección Postal: Casilla 3323

Aparece los Sábados

Precio 20 Centavos

AÑO IV

SANTIAGO, SETIEMBRE 15 DE 1929

NUM. 105



(“LA GUERRA”, DIB. DE MARTINI)

## EL CARTEL DE 509

ANIVERSARIO PATRIO

¡Compañerito obrero, hay que alegrarse: hoy es 18 de Septiembre, hace más de cien años que somos un pueblo libre! Así lo gritan los patrones y debe ser cierto. Por algo redoblan los pitos y tambores sus músicas marciales, ¡música intensa que emociona hasta los caballos!; no los véis como pafan, cómo escarban el suelo y cómo les palpa el ano? ¡Música santa, compañerito, música de la patria libre!

Por algo atraviesan las calles—camino del Cumpo de Marte—esas columnas de soldaditos grises con las cabezas metidas en sus cascos negros que hacen pensar en un pavimento de remaches; y otras columnas de soldaditos, jinetes en caballos del mismo color, formando bestia y hombre una sola pizca, homogénea, total, única, automática, que termina en una pica de acero en que flamea la banderita sagrada, y otras columnas de cureñas, con morrales de cuero en la boca y con la trasera levantada como cola de escorpión, cureñas que llevan hombres empotrados, cual resortes inteligentes que les soltarán la cuerda y las harán ladrar como perros que vomitan fuego y humo, esterminio y muerte. Y salpicando de colores las columnas grises: estandartes y banderas flanqueadas por jefes ventrudos, ridículamente entallados, que gritan: “Atención!... ¡Firmos!! ¡Al hombro!... ¡Armas!! ¡Al frente!... ¡Marchen!! ¡A discreción!! ¡Usar el pañuelo y arreglarse!” etc., etc.

Y hay que atender, cuadrarse, echarse la escopetita al hombro, caminar, descansar en un pié, escarbarse las narices, sonarse los mocos y arremangarse los pantalones o rascarse las costillas... Así: todos a un tiempo como una máquina humana, con brazos, ojos, patas, narices y costillas; pero sin nada bajo el casco. Ahí tienen el cerebro los intelectuales y los rebeldes. El cerebro... ¡una cosa que no le sirve sino de estorbo a un buen soldado!

Y después que pasen los soldados ¡a quemar cohetes, a tragar ponche, a elevar globos, a jugar a las chapitas, a bailar cuecas y a vivir al Presidente y a los ministros! Y si sobra tiempo y buen humor a darse unos cuantos puntacitos de daga para que trabaje la Asistencia Pública.

¡Hay que alegrarse compañerito: hay que olvidarse de la vida perra, en que se trabaja de sol a sol, se duerme en una covacha, se suda mugre y piojos, se revienta en pus en los hospitales y se tiene hijos con carías de viejos y cuerpecitos de micos. Algo hay que sufrir para tener estos soldaditos tan adiestrados para matar y tan vistosos en las paradas, que enloquecen a las niñas y nos atan un nudo de orgullosa emoción en la garganta y nos pincelan la médula con un escalofrío de emoción patriótica.

¡Hay que alegrarse compañerito, aunque la guerra nos aceche en la sombra y el campo florezca picas en lugar de espigas: hoy es 18 de Septiembre, hace más de cien años que somos un pueblo libre!!

Juan GUERRA.

## ACTUALIDAD OBRERA

### EL FRENTE UNICO

De muchas y de muy significadas personas dentro del movimiento obrero ha publicado "Claridad" opiniones relativas a las causas de la aparente estagnación de la lucha de clases en este país.

Y decimos "aparente" porque nunca ha podido constatarse con mayor evidencia el profundo abismo que divide a la colectividad nacional en dos porciones inconcundibles e irreconciliablemente antagónicas en este período de la más intensa corrupción en las altas esferas y de la más abyecta cobardía moral en el estado llano.

Pero los observadores poco perspicaces que suelen ser, por desgracia, conductores del pueblo, han creído ver en la disociación de los elementos obreros sindicados una demostración de la debilidad de las fuerzas productoras que, desunidas y desorientadas, no pueden contener los avances del capitalismo victorioso.

Y entonces surge la idea del frente único auspiciada calurosamente por algunos jefes obreros desde la amplia tribuna de este semanario.

Frente único. Concentración de las fuerzas obreras dispersas. Constitución de un poderoso organismo defensivo del proletariado. Abandono o tregua en las luchas doctrinarias que dividen a los trabajadores para colocarnos todos "unidos y compactos" en pie de resistencia y de avance ante el capitalismo absorbedor, despótico, etc., etc.

Palabrería, pura palabrería, de la más absoluta inconsistencia y de la más supina ignorancia, decimos nosotros.

No se puede formar un frente único o sea algo gigantesco, mágico, impenetrable, con que sueñan algunos, con elementos divergentes, que tienen características propias, y que tienden a la disgregación porque se repelen entre sí.

Y es lo que se ofrece al observador menos sagaz después de echar una ojeada rápida, pero desapasionada, sobre el campo obrero de Chile.

¿Qué va del mutualista, de estrecho horizonte, atento sólo a enterrar muertos y curar enfermos, al sindicalista revolucionario que ve en el régimen capitalista la causa primera y única de todos los males que el obrero padece? ¿Cuánta distancia separa al comunista autoritario, que sueña con la toma

del poder político para decretar la felicidad universal, del sindicalista libertario que se rebela contra todo gobierno y toda centralización?

Y con estos elementos sin afinidad ni cohesión, que no sólo marchan por vías diferentes sino que se combaten con ardor, con encarnizamiento algunas veces, ¿se quiere constituir ese muro de arcilla endeble y fofa que han dado en llamar el frente único?

¡Ah, es que hay muchos dirigentes obreros que no ven en los trabajadores nada más que una masa dúctil, adecuada para tomar la forma que quiera imprimirle un hábil manipulador!

Lo que se necesita es que el obrero se dé cuenta de la injusticia de su condición, y que se resuelva a entablar batalla contra el capitalismo, siguiendo su camino propio, sin abdicar su personalidad para encuadrar sus concepciones dentro de cualquier dogma federativo o para arrojarse confiado y candoroso en los brazos de cualquier redentor melodramático.

### LA TRAGEDIA DEL CONGRESO

Con una uniformidad muy explicable toda la prensa de la capital ha lamentado editorialmente el fallecimiento de los dos parlamentarios demócratas que fueron actores de la tragedia ocurrida el Lunes último en una de las salas del Congreso Nacional.

Se trataba—dicen, poco más o menos—de dos legisladores sensatos y correctos, partidarios del orden y de la armonía social, que pusieron todo su talento al servicio de la clase trabajadora, pero sin desconocer ni lesionar en lo más mínimo los derechos de la clase dominante.

Bueno. No es esto, textualmente, lo que dicen los diarios, pero es lo que nosotros debemos entender. Y no se comprende que hubieran hablado de igual manera al tratarse de dos políticos de tendencias menos amodinas que los que "se mataron" el Lunes.

Los diarios han publicado también las biografías de los dos ilustres extintos y nos han causado un sentimiento de piedad.

Nos imaginamos a los pobres redactores de esos diarios sometiendo a tortura sus escualidos márgenes para dar relieve a estas dos semblanzas tan vulgares, para despertar admiración y afecto en pro de dos vidas que en una travesía de varias decenas de años no han hecho nada que sorprenda o apasione.

Y pensar que estos hombres hayan podido llegar a ser figuras prominentes de un partido numeroso y formado casi en su totalidad por individuos de la clase trabajadora.

¡Cuántas celebridades como éstas se destacan por ahí dentro de los núcleos obreros!

### BALDOMERO LILLO

Se ha extinguido para siempre la flama de un gran cerebro y el latido de un gran corazón: el de Baldomero Lillo, genial autor de *Sub-terra* y de *Sub-sole*.

A nuestro humilde entender, no existe en la literatura chilena un escritor que haya sabido pintar mejor que Lillo la existencia trágica

## "ARENGAS" DE ARMANDO TRIVIÑO

Armando Triviño, uno de los inteligentes obreros chilenos, cuya destacada actuación social nos evita presentarlo más extensamente a nuestros lectores, ha recopilado en un folleto algunos de sus trabajos periodísticos de propaganda. Reproducimos el prólogo escrito por J. Gandulfo para presentar esta obra que tendrá, sin duda, espléndida acogida.

Un puñado de chispas irrumpiendo de una hoguera, danzando en el aire en mil cabriolas locas, quemando e iluminando a la vez, para dejarnos una huella radiante en la retina y un escozor doloroso en el espíritu. Tal son las prosas de este obrero rebelde.

Elas constituyen una gama abigarrada de hechos vulgares, de momentos psicológicos de crítica acerba, de entusiasmos líricos, de desgarramientos dolorosos, por los cuales pasa el autor sacando la esencia viva que orienta y dignifica al hombre. Bien hizo en llamarlas "Arengas"; Triviño es un arengador de la Libertad y la Justicia. Desde hace dos lustros se le ve en todas partes: trepado en un estatus en los mítines, sobre una tribuna en las asambleas, montado en un banco en los sindicatos—con un paquete de periódicos, folletos y libros bajo el brazo—, gritando y apostrofando con su gesto de niño nervioso y testarudo.

Hace unos años, apenas, apareció un muchacho vestido de militar en el "Centro Ferrer". La mayoría tuvo una sonrisa compasiva para él; pero ese gran viejo llamado Manuel A. Silva, que ha parido más anarquistas que todos los que han formado los demás luchadores chilenos juntos, lo defendió de la curiosidad y la burla dándole luego periódicos y folletos para que leyera en el cuartel. El "milico" frecuentó, después, todos los locales de propaganda y paseó su mirada inquieta y curiosa por todo lo que en sus manos cayó. Los ecépticos se sonrieron y hasta pensaron en un espía del gobierno que actuaba entre los grupos anarquistas.

El viejo Silva, lleno de fe y bondad, los censuraba, y alentaba al novicio: "Déjelo solo, es de buena pasta, ya se hará un hombre digno y libre, un anarquista"—decía.

Pero—poco después—sufrió un verdadero descalabro: un día vió

y dolorida de los obreros de las minas de carbón.

Durante varios años trabajó Baldomero Lillo, como un empleado modesto, en algunos establecimientos carboníferos del sur, y desde allí trajo impresa imborrablemente en su retina la visión dantesca de aquellos titanes de nuestro pueblo inmolados en un oscuro sacrificio, sin más esperanza ni gloria que la de caer algún día asfixiados por el traicionero grisú a través de las oscuras galerías.

Las enfermedades contraídas por la naturaleza débil del grande hombre en el inclemente clima de la montaña, o quizá la impresión dolorosa del suplicio de los trabaja-

pasar frente a su casa al "milico", vestido de paisano, conduciendo un carretón de una bodega de vinos. El viejo se indignó y le gritó:

—Buena cosa de hombre, Triviño, tienes que envenenar al género humano para poder vivir.

A los pocos días, Triviño dejaba el carretón y aprendía el oficio de zapatero, después de haber servido en los tranvías. Desde entonces ha participado en todos los movimientos obreros y ha sembrado la agitación desde la tribuna y el periódico, por lo cual ha estado preso en muchísimas ocasiones. En "Verba Roja", "La Batalla", "Acción Directa", "Numen", "Claridad", etc., ha propagado su credo comunista-anárquico.

Es un hombre dinámico, de actividad inagotable y de entusiasmo ejemplarizador; no se resta a ningún papel que haga ganar un tramo a su ideología. Escribiendo, hablando, actuando es siempre constante, pero disparejo. Hay ocasiones en que su verba llega al desbordamiento y hace delirar al auditorio; en otras ocasiones es frío, tantummodo, oscuro. En las organizaciones procede, a veces, con la rectitud de un rayo de luz, tiene profundidad de visión y es verdaderamente profético al dar orientación a la acción; otras veces es tortuoso, atolondrado, casi torpe. En sus escritos tiene chispazos geniales, arrebatos de plumario perfecto, pero hay prosas que se le siente desnudo, desmañado y escribiendo a empujones.

Afortunadamente, a medida que avanza hacia la madurez, sus momentos felices aumentan y no vemos ascender casi sin tropiezos. Y sobre todo esto son admirables su tenacidad y optimismo: escribe en los periódicos, actúa en las huelgas, perora en los mítines y asambleas, organiza editoriales, funda sindicatos y centros de estudio, vende libros y folletos, distribuye proclamas. Juan Puelta, Juan Harapo, Juan Subversivo, Luis A. Pirson, Luisa Soto, Luis A. Triviño; son nombres distintos y un solo hombre no más.

Tal es el autor de estas "Arengas".

—Pero tiene muchos defectos:—me diréis.

—Y el sol ¿no tiene muchas manchas? Y acaso ¿no alumbra?

J. GANDULFO

NO SE ARREPENTIRÁ UN,

Si compra su calzado en la Zapatería

'EL SOVIET'

Casa N.º 1 | Casa N.º 2  
SAN DIEGO 658 | SAN DIEGO 428

NOTA. — A toda persona que presente este aviso

EN LA ZAPATERIA EL SOVIET se le hará una rebaja apreciable por cada par de zapatos que compre.

dores que se vió obligado a contemplar sin protesta durante varios años, fueron minando su noble existencia que acaba de extinguirse. Todos los obreros deberíamos leer la obra inmortal de Baldomero Lillo: *Sub-terra*.

F. P.

### Sastrería CHILE

ALEJANDRO CEPEDA  
San Pablo núm. 1139, entre Banderera y Morandé.—Santiago  
Casimires nacionales y extranjeros. — Materiales de primera. — Precios económicos. Recibo hechuras.

"CLARIDAD"

necesita el apoyo  
espiritual y material  
de los  
hombres libres.



CLARIDAD no tiene opinión oficial  
Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas.  
Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos.  
Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

## VIRTUDES Y VICIOS NACIONALES

### EL PATRIOTISMO

Estamos viviendo un mes cívico que sirve para demostrar, de año en año, la sólida, inquebrantable consecuencia de nuestro grueso público nacional. Nosotros tenemos la debilidad de ser muy confiados: creemos todo cuanto se nos dice, basados en la honorabilidad y en la buena fe de nuestros semejantes. Se nos ha dicho por ejemplo, que el chileno es sumamente patriota y en ningún momento lo dudamos ya. Esta virtud nacional—hemos pensado—tiene mucha importancia y ha de servir sin duda para equilibrar en el espíritu de todos la presencia de ciertos vicios que no podemos negar.

El chileno es tardo para asimilar las ideas generales, poco amigo de entregarse a la meditación y escasamente propenso al idealismo. En este sentido no hemos avanzado junto con la historia. Permanecemos aún, en 1923, donde nos dejaron espíritus de otros días fecundados al contacto de civilizaciones extranjeras. Tal sucede con la literatura social y filosófica que no ha ganado ningún campo nuevo, o poco menos, después de aquella brillante generación que en 1842 suscitó el romanticismo que trajeron hasta nosotros los emigrados argentinos.

Pasando a otro orden de cosas, el chileno no es precisamente el hombre más sobrio. Existen aún muchos senadores que no tendrían de qué vivir si no fuera por las laudables aficiones de la mayoría. En Chile nadie se abisma del vicio, nadie lo repudia, nadie lo aleja de sí excepto ese desvergonzado gestor del Nuevo Régimen que es el doctor Fernández Peña. Ser alcohólico es para un chileno neto una prueba de chilenidad irrecusable; el que no bebe, en cambio—“por fortuna (dicen) son tan pocos!”—, es un ser sospechoso: del que jamás se ha emborrachado se llega a veces a poner en duda la integridad masculina...

El alcoholismo es toda una virtud, aún más: una religión nacional, a la que sólo por antipatriotismo hemos renunciado unos cuantos deschavetados.

En el terreno de la lucha de conveniencias que es la política entre nosotros, sólo un chileno que se precie de serlo en alto grado puede figurar dignamente, escalar las alturas y mandar y repartir a su arbitrio prebendas y cargos. Un extranjero o un natural de aquí

que no tenga espíritu nacional se perdería lamentablemente en el fango.

Nuestro parlamentarismo es la charlatanería sin embages, encubriendo la falta de ideas y el nulo predominio que entre nosotros tienen las concepciones de equidad y discreción. La política—tan vinculada al parlamento que es como su sombra y sólo de su vida puede malamente subsistir—; la política es aquí cubileteo, astucia, cambullón e hipocresía. Una pequeñez cubre a la otra y ambas se complementan en una síntesis que todos conocemos.

¿Qué más? Hacer una enumeración de los vicios nacionales sería una tarea que demandaría paciencia de masoreta en el escritor no menos que en el lector, y una edición entera de “Claridad” para darle cabida. Y no hay necesidad de que nos tomemos este trabajo ni imponamos esta molestia. Cada uno de nosotros agregará una pincelada al cuadro esbozado, completará un detalle, integrará las perspectivas.

Ahora bien, para equilibrar el número prodigioso de vicios nacionales, una sola virtud, antídoto de carácter homeopático para tanto virus. El patriotismo es nuestra única salvación. Si se interroga desde el extranjero a Chile si hay un gran movimiento de ideas, si hay pensadores, filósofos y grandes artistas, se responderá: “El pueblo chileno es muy patriota.” Si se cuestiona sobre las condiciones en que se desarrolla nuestra vida de relación y se nos pretende mirar por debajo de la máscara democrática y representativa que en política ostentamos, se replicará: “El pueblo de Chile es muy patriota.” Si se pregunta por el resultado que entre nosotros obtiene la universal campaña contra el veneno del alcohol, hay derecho para reponer: “El pueblo chileno es muy patriota.”

Así somos nosotros. Puede faltarnos capacidad para las ideas, finura para el arte, intensidad para el cultivo de las letras; puede faltarnos sobriedad hasta el punto de que toda fiesta nuestra pasa por tres períodos: el primero es funeral por la falta de alegría, el segundo es frenético por exceso de licor, y el tercero vuelve a ser funeral porque ya corre la sangre; puede, en fin, faltarnos nobleza y elevación en las luchas de las alturas, en las esferas que precou-

## ACTUALIDAD INTERNACIONAL

### EL INCIDENTE DE QUITO

Es indudable que en este país vivimos engañados por mentiras tácitamente aceptadas como verdades indiscutibles, que se encargan de mantener los gobernantes interesados en sostener las situaciones aparentes de la vida nacional o las que se refieren a las relaciones entre los países.

Tal cosa ha ocurrido siempre con las llamadas relaciones de amistad entre Chile y Ecuador o entre Chile y Brasil o Argentina.

Esta creencia tácita en la fraternal amistad entre los pueblos se parece a la confianza en la honradez de los hombres hasta el momento en que se demuestra su afición a las maneras tortuosas de apoderarse de lo ajeno en tal forma que sea imposible dudar de su falta de honradez.

Nadie se hubiera atrevido a manifestar, un año atrás, que pudiéramos tener un rompimiento con el Ecuador, a quien nos ligaba una “sincera, profunda y antigua amistad”. Era el amor fecundo un lazo cada vez más estrecho entre los dos pueblos representados por gobernantes que tenían este sentimiento como numen inspirador de su actividad.

De repente un accidente de la política nacional ecuatoriana trajo a tierra el castillo de naipes de esta cacareada fraternidad, y los que creían en la unión proclamada por los gobiernos y alardeada por la prensa burguesa, se encontraron asombrados de que estos dos países que, al decir de sus conductores, eran como hermanos gemelos estuvieran a punto de romper su vieja amistad y de olvidar su tan ponderada comprensión recíproca.

¿Qué hay en el fondo de todo esto? ¿Es real la fraternidad, o es concebible que siendo ella efec-

den gobernarnos. Lo que jamás nos faltará es el patriotismo.

Pobres oradores políticos, pobres periodistas a sueldo si el patriotismo no existiera. ¿Qué sería de la gente que comercia con la alarma, con la turbación internacional? Este peligro no existe en Chile, donde el patriotismo es tan potente que basta para equiparar el número infinito de vicios que entre nosotros se desarrolla con tanta lozanía...

Manuel SALINAS M.

tiva pueda terminar bruscamente por una causa nimia?

¿Acaso estos dos pueblos se encontraron de repente ante problemas de trascendencia vital que resolver, en que estuvieran contrapuestos los intereses de uno u otro nacionalismo?

Poco sabemos de los detalles de este incidente internacional, pero a nadie se le escapa que no se trata de cuestiones graves o de capital importancia para los dos pueblos.

Las declaraciones de un canciller Ponce que en forma ambigua—como toda expresión diplomática—significan una simpatía por la aspiración boliviana, no puede ser la determinante de un rompimiento. La imposición al representante del Gobierno de Chile de actitudes contrarias a sus propias convicciones y a las de su gobierno, dicen que fué el origen de este buñado incidente.

El gobierno de este país y la prensa, que se atribuye la función de vocero de la opinión pública, quisieran encontrar como manifestación de fraternidad hacia Chile, en los pueblos vecinos al Perú y Bolivia, una constante hostilidad para estos países. Y estiman como actos irritantes para Chile lo que para esas naciones puede ser simpatía o amistad.

Este incidente con el Ecuador demuestra la falta absoluta de solidaridad entre los pueblos de América que, manejados al capricho de los gobernantes, se encuentran frecuentemente al borde de las crisis que aquéllos motivan, guiados por sus mezquinos intereses.

¿Dónde está la solidaridad con el Ecuador cuando depende del capricho o vanidad de un Ponce y de los apasionamientos fanáticos de unos cuantos señores de Chile? ¿Qué saben de esto los respectivos pueblos?

La mentira de una fraternidad tan cacareada, aceptada tácitamente y proclamada por los gobernantes no puede mantenerse, porque los pueblos respectivos se sienten desvinculados de sus amos.

Ellos nada conocen de la tupida red de las relaciones diplomáticas, y se sienten sorprendidos hasta cuando les llega, como tormenta diabólica, la orden de marchar a la carnicería.

Jorge Blas GILES

## PAGINAS ANTIMILITARISTAS

## Yo, SOLDADO

En nuestra constitución hay un artículo que dice: "Todo ciudadano, a los veinte años, está obligado al servicio militar de acuerdo con las disposiciones de la ley."

Yo, que me lo sabía de memoria, no me di cuenta de que se acercaba mi hora, y, un día, fui dolorosamente sorprendido con una citación en donde se me decía que concurrese a un examen médico, y meses después, con otra donde se me ordenaba que como ciudadano me alistase en las filas.

Así lo hice, aunque confieso que en contra de mi voluntad: ¡qué otro remedio me quedaba!

Pero más vale que no lo hiciera. Acostumbrado a mi vida desordenada de bohemio, y ahora, de un momento a otro, aquella tan metódica, tan disciplinada, tan extremadamente igual, mi alma sintióse rebelada y por unos días creí enfermar.

Gracias a Dios, aquello debía durar bien poco. Dadas las influencias de un pariente, fui sacado a las dos semanas de la compañía y trasladado a la administración del regimiento.

Y allí era muy distinto. Tenía horario de oficina; comía y dormía en el hotel; no hacía ejercicios; y dependía sólo de mi jefe, un teniente primero asimilado, que era —cosa rara— todo bondad y razón.

Después, los suboficiales, con el fin de que les informara del día en que se cobraba el sueldo o de cualquier otro asunto relacionado con la oficina, me trataban de muy distinta manera que a cualquier clase, enseñándome en vez de aquella mirada dura como la culata de su fusil, una sonrisa estúpida, falsa, como sus mismas vidas.

Yo creo que les sonreía de la misma manera.

Sucedió por aquel entonces que, a pedido de un buen escritor amigo, D. Alfredo Borghen, que por entonces dirigía la revista "Bergen", escribí un cuento de ambiente militar; pero, por desgracia, aquello más que un cuento, resultó ser una fuerte diatriba contra los abusos e injusticias que se cometen con el ser humano, ya que no con el ciudadano. Verdaderamente, no era otra cosa que un panfleto antimilitarista.

¡Oh, cuánto eché de menos después que la revista en cuestión no se fundiera dos meses antes o que, tan siquiera, mi trabajo hubiese sufrido las inclemencias del canasto!

Y explicaré el por qué.

Una tarde, al regresar al cuartel, fui llamado por el sargento de guardia, quien, sin darme ninguna clase de explicaciones, me condujo delante del oficial de servicio.

Era éste un teniente primero, bajo y estúpido como una carabina.

—¿Usted es el conscripto Hamsun?

—Sí, mi teniente primero.

—Hay una orden del jefe del regimiento de pasarlo al calabozo.

Con motivo de la cereanía de las llamadas "fiestas patrias" se ha exaltado, como de costumbre, el tópico nacionalista y militarista, tan sobajado entre nosotros. En este relato autobiográfico de KNUT HAMSUN hay una adecuada representación del corrupto ambiente militar tratada con la maestría y soltura de estilo que al autor de "Pan" y "Hambre" distinguen.

—¿A mí?—pregunté asombrado, e indagué más asombrado aún.—¿Por qué, mi teniente primero?

—Ya se lo dirán después.

—Pero...—quise protestar.

—No sea reclusa, no accione, conscripto—y ordenó al sargento—: Pásele no más.

El calabozo era una habitación rectangular de dos metros por tres, sin ventanas y con una sola puerta. Todo, las paredes, el techo, el piso, era de piedra, hasta la atmósfera que se respiraba. El único mueble que había era un banco, todo desvencijado, con una pata más corta que las otras, por cuya razón hubo que ponerle debajo un taco de madera. Confieso que no me agradó nada esa celda; gravitaba en ella cierta tristeza que oprimía el alma, mortificándola con siniestros presentimientos.

Solo ya, me puse a examinar el encierro, cuando una escritura en el marco de la puerta, hecha con un cortaplumas, llamó vivamente mi atención. Me acerqué y leí: "Osvaldo Hemtrand, de la clase 1879; castigado a diez años en el cuerpo de disciplina, por indisciplinarse con un cabo que quiso maltratarlo."

Y me imaginé a Hemtrand como a un muchachón alto, erguido, bueno, único sostén de unos viejos achacosos.

Luego, sentándome en el banco que, a mi peso, chilló como un ratón cogido por un gato, di en pensar en el motivo de mi encierro.

Mi memoria no recordaba que yo hubiera cometido ninguna falta; a no ser unos versos que escribiera en una página del libro del racionamiento.

—No, algo peor, otra cosa más grave que pueda motivar este castigo—repliqué.

Pero nada; mi memoria no supo darme razones. Y huí de recriminarle duramente su terquedad.

Hacia media hora que estaba sentado encima de aquel banco; mi memoria continuaba dialogando conmigo, cuando una voz se entremezcló en nuestra conversación, haciéndome estremecer.

Giré rápidamente la cabeza hacia atrás muy sobresaltado, y ví al sargento que, con voz seca, me ordenó que le siguiese.

Dos de mis compañeros, con la bayoneta calada, seguíanme tres pasos atrás. Escortado de esta suerte llegué al despacho del Jefe del Regimiento. Debo confesar que no iba muy tranquilo. La idea de que podría haber cometido algún delito, sin saberlo, me torturaba. Después, sentía el roce helado de las bocas de los fusiles en la espalda y en la nuca, como si auduviesen urgueteando, buscando mis pulmones y mis ideas.

De pronto me quedé firme, duro, hecho una estaca de carne.

¡Estábamos delante del Jefe del Regimiento!

Era éste un hombre alto, musculoso; su rostro daba la impresión de un ser consumido por la fiebre de matar... y sus ojos, los de un hombre inhumano y brutal. Las medallas que adornaban su pecho, mentían en él grandes manchones de sangre. Tenía los brazos apoyados sobre el escritorio, y sus manos, en ese instante, se me antojaron dos series de balas olvidadas allí.

Al verme me miró de arriba abajo y, con su voz que tenía el eco del cañón, me dijo:

—¿Con que era usted el escritor?—y agregó, entornando los ojos como con nostalgias de batalla—: He leído su artículo en la revista "Bergen" y debo confesar que lo he encontrado admirable. Había leído ininidad con el mismo tema de sus colegas los poetas; pero ninguno me agradó tanto como el de usted. De tal manera que he decidido traerlo a mi presencia para felicitarlo. Tanto yo como todos mis subalternos, nos sentimos orgullosos de albergar en nuestro regimiento a un conscripto de las condiciones de inteligencia de usted!

Quise agradecer esos elogios; pero en aquel momento sus dos hileras de dientes, no sé cómo, chocaron entre sí, produciendo un sonido metálico que me hizo titilar de miedo. Y sonriente, satisfecho, abriendo sus narices como si aspirase olor a pólvora, prosiguió:

—¡Lástima grande que haya publicado usted sus opiniones durante su permanencia bajo las armas... Hay un artículo en nuestro código que castiga muy severamente tales ideas y debido a ello me veo forzado a levantarle un sumario; pero no se intranquile usted: trataremos de que su estada en Trondhyen sea lo más corta posible...

El teniente coronel volvió a examinar silenciosa y escrupulosamente todo mi cuerpo, y cuando se hubo dado bien cuenta de que era un poco raquítico y de que mis brazos no eran lo suficientemente musculosos como para derribar árboles allá en Trondhyen, hizo un mohín de disgusto; pero no dijo nada. Se quedó pensativo, y luego ordenó:

—Llévelo, sargento.

De nuevo en el calabozo me puse a pasear por la celda, cuan larga era.

—Trondhyen... el cuerpo de disciplina...

¡Están todos locos—dije pensando en lo que me dijera el Jefe del Regimiento.

Luego me acordé de mi casa; de mis padres, de mis hermanos, sobre todo de mi madre... Cuando se enterara de mi arresto se apenaría. Y mi padre también se

apenaría. Y según su costumbre, yendo y viniendo por el comedor, diría sentenciosamente:

—Me gusta. ¡Ahí tiene lo que saca con escribir sus estupideces!

Apenado, nervioso, por estos recuerdos, me senté en el banco, y pensativo, elevé los ojos entretrecidos hacia el techo de piedra mugrienta que gravitaba como una lápida sobre mi cuerpo, sobre mi cabeza...

\*

—¡Eh! ¡Arriba!

Al lado mío estaba el cabo de guardia que me sacudía por los hombros, mientras que un cuartelero, me tendía un plato de sopa de bacalao y dos galletas; estaban duras como suela de zapatos y la sopa despedía olor rancio.

—No voy a comer... no tengo ganas. Prefiero fruta. ¿Permite que el soldado vaya a comprar-me?

El cabo inclinó afirmativamente la cabeza.

Después salieron.

Cuando volvió el cuartelero, aproveché una oportunidad para decirle:

—Hazme un favor... Mira, cuando salga alguno, dile que avise a casa y que diga lo que me pasa. ¿No te vas a olvidar?

Con un gesto me aseguró que no.

De nuevo la pesada puerta se cierra tras de él; chirrían los cerrojos y de nuevo me quedo solo.

Hacia diez minutos que había terminado de comer, cuando el cabo de guardia abrió la puerta, se paró en el umbral y me dijo secamente:

—Puede ir al servicio, si quiere—y a los dos centinelas—: Antes de cinco minutos aquí. Ya saben, está prohibido hablar con los presos.

¡Y la noche estaba espléndida! El aire en calma, fresco y sereno, la noche, un poco oscura, pero hermosa, y el cielo, sembrado de estrellas que titilaban alegremente; estaba tan azul, que se diría que lo habían teñido o limpiado recién.

Y fué en ese instante, bajo el cielo azul espléndidamente hermoso, donde la idea de "no ser" llegó por vez primera mi corazón; ahora encontraba en mi encierro algo de humillante, de ruin, de mezquino...

Apreté los labios con ira y miré a los soldados que me custodiaban. Seguíame tres pasos atrás con el máuser en el hombro en los que las hojas de las bayonetas, centelleando en las tinieblas, se me antojaron dos dedos fantásticos que arañasen la eternidad...

Me paré de súbito, y ante la voz de uno de ellos, que me dijo: "¡Camina, vamos! Si nos ven nos castigarán luego a nosotros", proseguí mi camino lentamente.

Y al ir a dejar el campo—en medio del cual está incrustado el servicio—para penetrar en el edificio, a lo lejos ví brillar una lucecita de gas; parpadeaba nerviosa y parecía que también quisiera es-

## COMENTARIOS

## EL PUEBLO Y LAS ELECCIONES

Hemos recibido y publicamos con agrado la siguiente carta que nos revela que en nuestro medio se sigue con atención la vida de nuestro periódico y se toman en cuenta las opiniones individuales de nuestros colaboradores.

"Santiago, 10 de Septiembre de 1923.

Señor Director de CLARIDAD.— Presente.

Distinguido señor:

En el último número de "Claridad" aparece un artículo en que se hacen algunas consideraciones alrededor de la política y del parlamento, que a mi juicio merecen algún comentario.

El firmante de dicho artículo, Aurelio Miranda, confunde, en efecto, lamentablemente la llamada "abstención cívica" con la sobriedad de manifestaciones populares—o su ausencia absoluta— en estos días tan cercanos ya a las elecciones generales. El error está a la vista: la abstención no puede ser considerada lo mismo que la falta de mítines y reuniones más o menos bulliciosas, so pena de demostrar un escaso o absolutamente nulo conocimiento de los hechos que se pretenden comentar.

El señor Miranda promete proseguir en el estudio del problema planteado y fijar las consecuencias de la abstención. Bueno sería que en un nuevo artículo no continuara divagando sobre la base de un error y no indujera así a sus lectores a la misma confusión que ha guiado su pluma en el artículo anterior.

Rogándole la publicación de estas líneas, lo saluda su atto y S. S.

Euclides."

## NOSOTROS TAMBIEN

El renombre que ha adquirido Firpo en los rings de los Estados Unidos nos tenía ya algo molestos. ¿Por qué no iba a ser un chileno el que monopolizara la atención universal? ¿Es que nuestra raza no es capaz de presentar su brutalidad acumulada en un tipo que gana por machacar y machacarse? Pero podemos consolarnos. Nosotros también tenemos ya nuestro ídolo que por lo fiero y troglodítico nos representa honrosamente.

Quintín Romero triunfa en París sobre un adversario de séptima—o septuagésima—categoría. Gran algazara y alboroto. El cable se

estremece; la prensa salta de gozo, los círculos deportivos se hinchan de gusto. Ya tenemos nuestro hombre. Por lo bruto es el mejor representante de Chile. Firpo ya no nos quitará el sueño, el tan cacareado "toro salvaje de las pampas", del cual se ha dicho con mucha razón que no tiene nada de toro pero sí mucho de salvaje.

No se puede negar que Chile triunfa en el extranjero. Y que entre Romero y la Mistral vale más... el que pega más fuerte.

## ¡ASI ES EL MUNDO!

Yendo una tarde por el campo, me encontré con un viejecito encorvado sobre la obscura tierra.

—¿Qué hace usted, buen hombre?—le pregunté.

—Señor, arranco patatas.

—¡Ah! ¿Y a cuánto las vende?

—No las vendo—contestó.

—Pero ¿qué hace usted entonces de todas ellas?

—Como usted ve, las pongo en cuatro montones; las más hermosas, que forman el montón más grande, son para pagar la contribución al gobierno, porque sin gobierno no podría vivir nadie y quizá si a las mismas patatas les diera por no crecer.

El segundo, lo doy al usurero para pagarle la renta de la tierra, las semillas y las herramientas con que trabajo. El tercero es para el clero, que también se desvive por guiarme al cielo; para el ejército, que tan limpio mantiene el honor nacional, y para la policía, que tanto vigila a fin de que los ladrones no me roben lo que debo dar al gobierno, al usurero, al ejército y a la misma policía.

El cuarto, este de las patatas malas y esmirriadas, es para los cerdos. Y las patatas que los cerdos, de puro malas, no quieren comer, me las como yo.

Así, caballero, paso mi vida contento, resignado y trabajando tranquilamente para el gobierno, el amo, la iglesia, el ejército y los cerdos.

—Pero, buen hombre, ¿qué hace usted de los cerdos?—le pregunté aguijoneado por la curiosidad.

—¿Los cerdos, señor, los cerdos? Son para pagar los transportes de la compañía del ferrocarril, a fin que conduzcan las patatas al gobierno, al clero, a la policía y al usurero... ¿Qué le hemos de hacer!

¡Así es el mundo!

D. M.

puesto en libertad sino que se me dió de baja. En la libreta de enrolamiento bautizaron el motivo con el nombre de una enfermedad mental. Podían haberla bautizado de colitis crónica ya que, verdaderamente, es esa la enfermedad que padezco desde el día que hice mi primera comunión. Pero esa u otra, poco importa; lo esencial es que fui puesto en libertad y con ello queda dicho todo.

Knut HAMSUN.

## POEMA



(Madera de Vargas Rozas.)

Del libro de poemas "Crepusculario", recientemente aparecido.

Nada me has dado y para ti mi vida deshoja su rosal de desconsuelo; porque ves estas cosas que yo miro, las mismas tierras y los mismos cielos,

porque la red de nervios y de venas que sostiene tu ser y tu belleza se debe estremecer al beso puro del sol, del mismo sol que a mí me besa.

Mujer, nada me has dado, y sin embargo a través de tu ser siento las cosas; estoy alegre de mirar la tierra en que tu corazón tiembla y reposa.

Me limitan en vano mis sentidos —dulces flores que se abren en el viento— porque adivino el pájaro que pasa y que mojó de azul tu sentimiento.

Y sin embargo no me has dado nada, no se florecen para mí tus años; la cascada de cobre de tu risa no apagará la sed de mis rebaños.

Hostia que no probó tu boca fina; amador del amado que te llame, saldré al camino con mi amor al brazo como un vaso de miel para el que ames.

Ya ves, noche estrellada, canto y copa en que bebes el agua que yo bebo, vivo en tu vida, vives en mi vida: nada me has dado y todo te lo debo.

P A B L O N E R U D A .

caparse del foco que la aprisionaba....

\*

Pero no sigamos adelante. Estas narraciones se hacen monótonas, cuando se las descarna de la bendita pulpa de la realidad.

Sí, es mejor que terminemos aquí.

No hay tiempo que hacer perder a los lectores con nuevas divagaciones, porque al otro día, gracias a mi pariente, no sólo fui

# ANTOLOGIA: RAUL BRANDAO

Debajo de estos techos, entre cada cuatro paredes cada cual procura reducir su vida a la más mínima expresión. Todo el afán insano es ese, reducir la vida a lo insignificante, construir un muro de ruindades delante de la vida. Taparla, esconderla, ahogarla. La campana toca a muertos: ya nadie oye el sonido de esa campana. La muerte ha quedado reducida a una ceremonia en que la gente se viste de luto y deja tarjetas de visita. Quisieran concretar la vida a una tonalidad neutra, a un olor solo, a un modo único, y el pueblo, al color de un papel secante. Seres y cosas crían el mismo embotamiento, como una vegetación criptogámica nacida por casualidad en un sitio húmedo. Tienen su rey, sus pasionillas y un olorillo sospechoso. Desaparecen, resurgen sin causa aparente en un palmo de universo que se les figura el mundo entero. Absorben las mismas sales y supuran una misma secreción fosforescente que corresponde, quizás, a sentimientos, a vicios o a discusiones sobre la inmortalidad del alma.

Siempre las mismas cosas repetidas, las mismas palabras, los mismos hábitos. Construimos al lado de la vida otra vida que acaba por dominarnos. Vamos hasta la sepultura con palabras vanas. Sometidos, subyugados, las palabras pesan. Tienen la espesura de las montañas. Las palabras son las que nos conducen, las palabras las que nos contienen. Toda la gente forcejea por crear una atmósfera que haga olvidar la muerte y la vida. El sueño es dolor revestido de piedra; la vida consciente es grotesca y la otra está oculta solapadamente.

Mascullan hoy, mañana, las mismas palabras vulgares para no pronunciar las palabras definitivas. Toda la gente habla del cielo: más, ¿cuántos pasaron por la vida sin contemplar el cielo en toda su profunda, en toda su imponente realidad? El nombre nos basta para salir del paso. Nadie reflexiona en lo que hay detrás de cada sílaba. Ocultamos las almas en ruinas, en palabras, en ceniza. Construimos escenarios y convencionalismos que someten la vida entera a ciertas reglas incontrovertibles. Esto es la conciencia, eso es lo infinito... Todo está catalogado. En realidad jugamos a la brisca entre la vida y la muerte, basados en palabras y sonidos. Mas como la existencia es aburrida hay tiempo para todo; el tiempo dura siglos. Así van formándose lentamente castros; dentro de cada ser, como en el interior de las casas de granito salitroso, las pasiones tejen en la obscuridad y en el silencio telas de obscuridad y de silencio. En la tienda soñolienta al padre sucede el hijo sobre el tablero de chaquete. Quiero resistir y acabo por ceder. Comienzo a percibir que el hábito es lo que me hace sobrellevar la vida. A veces vuelvo en mí con este grito: "¡La muerte! ¡La muerte!" Y ese pensamiento no en balde me clava su aguijón. Llora

Raúl Brandao traduce, como ninguno en su obra, el asombro expectante de un espíritu ante el Universo y ante sí mismo. Es un espíritu maravillado y religioso. Voluntades que chocan y se rompen, conflictos renovados de los deseos, puñados de angustia, harapos de sucesos enormes, aluviones de llamamientos y súplicas que se estrellan inútilmente contra los muros de lo imposible y de la noche: todo eso vaciado en un estilo original, hecho de grito y balbuceo, que se crispa y palpita siguiendo el ritmo entrecortado de la emoción. "Los Pobres", tragedia de los humildes, de los misérrimos, de los que, desde los sótanos de la vida piden luz a la sombra y respuesta al silencio. Almas y cuerpos corroídos por morbo de fatalidad. "Humus", monólogo de un hombre enloquecido por el espanto de la monotonía cotidiana y lo infinito del sueño. Sucesión de alaridos, de preguntas sin eco, de blasfemias humedecidas de ternura. El rechazo de la inquietud desesperada busca el corazón de Dios. Y el tiempo sigue pasando, estereotipa las sonrisas, los gestos, las vidas precarias y simples. Sólo la muerte es real, la muerte está en todas partes. Sin embargo, el hombre se empeña rabiosamente en vivir... Todo eso lo hallaréis en Raúl Brandao, ese "gran visionario casi desconocido y genial", como dijera de él en páginas admirables y cordiales, Guerra Junqueiro.

Juan CRISTOBAL.

entonces sobre mí mismo como sobre un sepulcro vacío.

Cierro los ojos. La lluvia cae pausada, interminable, del cielo, y a la luz turbia, opaca, del día triston entreveo siempre en el pueblo las mismas figuras de Museo sentadas en la misma habitación, insignificancia. Insignificancia. Insignificancia. Puertas chapeadas cuyos goznes chirrían, como puertas de prisión. Fachadas con los vidrios rotos, y una, dos, tres capas de polvo sobrepuestas. Sótanos terrosos que exhalan un vaho de humedad que traspasa. Como las almas, todas las ventanas están cerradas y el tiempo va substituyendo una figura a otra figura, una piedra a otra piedra. Las pone en fila delante de mí—como si fuesen penachos usados—, grotescas y maniáticas. Las observo. Las veo venir, y pasar en sus gestos, sus cortesías, sus acciones inveteradas desde el confín de los siglos. Esto es nada, es lo vulgar, es lo cotidiano. Es una ficción.

El pueblo es un simulacro. Mejor dicho, la vida entera es un simulacro.

Váyase también el cielo, por que, después de todo, el cielo no hace falta ninguna.

Ya no hay esfuerzos humanos que contengan el mundo subterráneo que se precipita sobre nosotros. A los muertos les hualé la vida a engaño, a infamia. A poivo removido. Por más que quieran contener la vida dentro de ciertos límites ella sobrepasa y acaba por supurar; por más que la quieran constreñir, estalla por todas las costuras. Es inútil. Dentro de la vida aparente, hay otra vida de odio, de sueño, de intereses ocultos. Esa vida es la que yo medito de noche, y me sostiene de día. Es el deseo de esterminio; es el sueño que rechazo y que me prende de hollín; son los restos del sue-

ño de toda la gente. En todas las almas, como en todas las casas, más allá de la fachada, hay un interior escondido. Son dos antros alelados que se husmean, miran al cielo y respiran. Son dos agujeros que se rien uno de otro, que hablan solos, cosa que ocurre por primera vez en la villa. Emergen de la noche y van dejando caer los harapos. Respiran con avidez, la garganta les oprime y el mismo deseo les domina: ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Vivir!

Me veo precisado a mirar dentro de mí, soy forzado a observarme a mí mismo, a enfrentarme conmigo mismo, y entonces rompo a reír o huyo transido de pavor. No acierto a comprenderme en el universo, no entiendo esta luz insignificante en la negrura helada, en esta discusión interminable, en el silencio absoluto, en este ridículo, en esta figura mezquina que representa el mundo. ¿Qué destino es el mío cuando río o lloro entre los ríos de oro y los instintos tremendos que vienen no sé de dónde y caminan desaforadamente para un fin que no puedo adivinar? ¡Tengo miedo de mí mismo! ¡Tengo miedo de mí mismo!

No te molestes en llenarte la boca con la palabra deber. El deber no me importa nada. La cuestión fundamental, la cuestión que yo discuto con todo mi sér, de la que no consigo desligarme, es la de la muerte eterna, o de la vida eterna.

Si Dios existe, yo soy un hombre. Si Dios no existe, yo soy otro hombre completamente diferente.

No existiendo tú, conciencia, ¿a qué te entremetes en mi vida? Siempre analizando, discutiendo, negando, molestándome siempre. Estás muerta; estás viva. En la sepultura he de llorar inútilmente haberte obedecido. He de rebelar-

me con desesperación por haberme amoldado a tus formulismos, a tus mezquindades. Por más que intento deshacerme de tí, tú te impones siempre. Cuando te juzgo aniquilada comienzas a hablar otra vez. ¡Vienes de muy hondo!

A veces protesto y consigo sobreprometerme. Decido pasarme sin tí... Y quedas rendida, para resurgir luego y levantar la cabeza y revolver en la herida con tu puñal. Pesas sobre mí como el plomo, eres de hierro. Intento convencerte, dándote explicaciones; los escrúpulos no me dejan traicionar, mentir, subir. Lo eficaz es no tener escrúpulos y aparentarlos: la gente no nos pide otra cosa. Mas tú no transiges. Si te agazapas es para erigirte de nuevo; para atormentarme de nuevo. No me abandonas. Me acompañas por todas partes.

¡Si pudiese librarme de tí! ¡Si pudiese librarme de tí!

Todos tenemos que matar, todos tenemos que destruir, todos tenemos que tirar algo por tierra.

¿Cuál es mi experiencia de la vida? Ninguna. ¿Qué ley es la que extraes de la vida? Ninguna. Sólo el espanto. Sólo una cosa cada vez mayor, siempre revistiendo mayores proporciones, que siento derrumbarse en el silencio, más dorada y frenética que el sueño. Todo se reduce a cosas a que damos valor y a cosas a que no damos valor. Y, entre tanto, a nuestro lado pasa el tropel mágico, desesperado y caótico. Allí fuera se derrumban los siglos en el torrente misterioso que arrastra consigo estrallas en vez de guijarros. El chorro portentoso viene de lo infinito, y camina para lo infinito, llevando consigo el alma, el universo, lo lógico y lo ilógico, el absurdo y Dios.

Lo sacrificé todo, ¿a qué? Sacrificué lo mejor de mi vida al vacío. Le ofrecí, en espectáculo, mi dolor. Mas entonces, ¿qué existe? ¿Cuál la dirección de mi vida? ¿Cuál la ilusión con que he de llenar esto? ¿Para qué vivir? ¿Cuál es el sueño inmenso que puede substituir este sueño? ¿Quién es Dios, ahora? Dios es todo y nada. Es una fuerza. Es una ley inexorable. Pero entonces tú que lo puedes todo, tú no puedes nada. — Eres una ley y has de cumplir esa ley. Eras un destino y no puedes dar un paso fuera de ese destino. No ves, no oyes, no sientes. Yo que soy una insignificancia, valgo más que tú. Porque yo grito, yo sufro, yo me atrevo. Mañana rompo mi destino. Tengo una conciencia. Soy ilógico y absurdo. Me discuto. Y tú, Dios, no pasas de una fuerza ciega y estúpida. No me sirves de nada.

Necesito un Dios que me atienda, que me escuche, que sepa que sufro y que me vea sufrir. Necesito un Dios que me salve, o que me condene. Necesito un Dios que me ampare. Necesito una inteligencia superior a la mía y en comunicación con la mía.

En vano grito; no hay quien me

## BALDOMERO LILLO

El Lunes 10 del presente mes falleció en San Bernardo el escritor con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Baldomero Lillo, a causa de la pertinaz enfermedad que le ha llevado al sepulcro, hacía ya años que indiferentemente vivía en su retiro hogareño sin interesarse por renovar sus antiguos triunfos literarios. El autor de "Sub-Sole" y "Sub-Terra" era para muchos un ser algo mítico, de quien no se sabía nada, ni siquiera si vivía aún. Su natural modesto y retraído, junto a la amargura que le distinguiera siempre, era la causa de todo esto. Baldomero Lillo no sentía vanidad por el cultivo de las letras ni se había apegado a la sombra de gloria que él produce. Siempre ajeno a todo afán de figuración, creó en silencio, concienzudamente, sus cuentos maravillosos en que se agita tumultuosa y agigantada por su arte magnífico la vida de nuestro pueblo.

El autor de "Sub-Terra", no podemos olvidarlo, fué también un rebelde, un ser radicalmente insuamiso, un hombre a quien el dolor de los humildes había lacerado el alma. El vivió en medio de los mineros de sus relatos, junto al mar tempestuoso de la zona carbonífera, en el ambiente hórrido de las minas en que los hombres arrancan paladas de mineral para enriquecer a sus amos mientras reciben un salario de hambre por su trabajo. Su pupila de artista cogió del ambiente la terrible, la áspera belleza que le distingue y su alma de ilusionado guardó perennemente el rastro de las lágrimas y el eco de las voces de protesta. En sus obras hay más que amor al proletario, al ser desamparado y ofendido por todas las injusticias: hay compenetración de espíritu a espíritu, de tal modo que Lillo vive a ser como un vocero que por el intermedio del arte dejó vibrando en páginas que sobrevivirán, las inquietudes y las quejas del pueblo. Pocos escritores han sido como Baldomero Lillo tan desinteresada-

do del falso ropel de nuestra vida literaria, de sus rencillas, menudencias y mezquindades. Alejado de Santiago, pasó en el silencio y resignadamente sus últimos días. Y aun allá fué a visitarle la hospitalidad. Por el intermedio de un fiel amigo suyo envió a uno de nuestros diarios—a "La Nación"—un cuento inédito, con el propósito de iniciar la publicación periódica de sus producciones a fin de aliviar en algo su no brillante situación. ¿Por qué no salió aquel cuento? Parece que a la caja del diario aludido iba a significar una carga muy difícil de comportar el pago de las dos libras esterlinas, de los sesenta pesos que se habían fijado a su colaboración!

¡Pobre Baldomero Lillo! Realmente su recuerdo no debió ser vinculado a un episodio tan pequeño, tan amargo y mezquino como éste. Pero que los que le causaron una herida en las horas de su mayor angustia, sientan alguna vez el peso de su acto, comprendan que es criminal no ya lucrar con la necesidad sino engañarla y mesurar avaramente asignaciones miserables por lo que no se puede apreciar en monedas: el arte.

Ha muerto un ser que fué bueno, grande y humilde. Nos queda su obra, espejo fiel de su alma magnánima, desilusionada de la vida por el dolor de la vida. Nos queda el testimonio de su rebeldía, el eco de su protesta, la constancia de su ardoroso convencimiento que no le llevó a ser profeta o propagandista sólo porque en su interior se albergaba un inextinguible horror a lo apariencia y común. El arte es el islote en que se cobija su recuerdo para aleccionarnos y fortalecernos en la lucha emprendida y para que unamos en un mismo momento el pensar liberado de trabas y el decir orientado hacia la más adecuada expresión.

Con Baldomero Lillo desaparece un maestro y un camarada, un humilde maestro y un camarada enaltecedor.

R. S. C.

oiga. En vano sufro; nadie me ampara. Lo mismo da vivir que morir. ¡Dios, tú eres monstruoso! Destruyes y caminas. Destruyes y no sientes. Vienes del infinito y detrás de tí queda un infinito de dolores, una masa de gritos y de seres pisoteados. Sigues y destruyes. Construyes, no sé qué de portentoso, con lo cual no puedo cargar. De esa garra monstruosa destila siempre ternura. No es indiferente que nos machaques con tus pisadas. Cuanto más nos pisoteas y más gritos, lanzamos hay más ternura en los árboles, más estrellas en el cielo. Parece que el dolor es inseparable de la vida. Hasta ahora yo tenía una talla en qué agarrarme, hasta ahora tenía un nombre; ahora no sé cómo me llamo. Ahora tengo miedo de mí mismo; ahora me siento aislado en este caos del infinito; en este vértigo desenfundado que me lleva sin sentido y sin término. ¡Yo y la noche; yo y el loco! Hasta ahora me suponía todo; yo y Dios, yo y la mano enorme que me conducía y amparaba.

Sufras o no sufras, vas fatalmente hacia la misma sepultura o a la misma nada, al mismo silencio. ¡Mejor el infierno, mejor el infierno! Tú que fuiste desgraciado, o tú, que fuistes feliz, tú que te descañaste hasta la médula y tú que pasaste, indiferente, por la desgracia, vas hacia la misma sepultura profunda, inútil, absurda y muda. ¡Mejor el infierno, mejor el dolor por los siglos de los siglos antes que llegar a esa mudez, a ese horrible silencio atroz! Todo le fué indiferente, todo le es indiferente al monstruo que aplasta; que no oye y aplasta; que no ve y aplasta. Indiferente a tus gritos y a tus súplicas; indiferente a tus renunciaciones, a tu dolor, a tus lágrimas. Le fué indiferente que fueses bueno o malo, o que intentases subir a lo alto del Calvario. En realidad, no existen ni la vida ni la muerte; en realidad no hay sino quimera y dolor, no hay, en realidad, sino este monstruo que pasa y aplasta, que camina y aplasta.

¡Dios es ciego! ¡Dios es ciego!

## "CREPUSCULARIO"

## EL POETA

Estamos en presencia de un poeta pleno. Sensibilidad afinada y sutil, imaginación abundante, sentido de la armonía verbal, concepción desolada y generosa de la vida, dignidad para sobrellevar la tragedia interior: todo eso está en su espíritu. Nada de los poetas limitados, monocordes u obsesos de originalidad que tanto conocemos; él ha buscado los grandes temas eternos y a todos les ha dado novedad; ha cantado los sentimientos que llenan el corazón de todos los hombres, y siempre ha encontrado la nota nueva, inescuchada, la única nota capaz de traducir los matices únicos de su individualidad.

Su estilo poético es absolutamente original, y acorde siempre con el género de emoción a que sirve de vestidura. Su característica es, acaso, la naturalidad, más bien dicho, el acento humano. Es la voz de un hombre, de un hombre que solloza, se queja, gime o canta con noble serenidad las emociones que de él desbordaban, pero en todo caso, la voz de un hombre. Es un estilo claro, vibrante, cambiante, lleno de sabia música verbal y poblado de imágenes novedosas y sugerentes, que detienen, a cada paso, al espíritu que lee, en frecuentes sorpresas de armonía y de emoción artística.

Pablo Neruda no tiene todavía veinte años. Los mundanos, los hombres prácticos y los ancianos de experiencia, dirán, tal vez, que no puede ser un artista íntegro, porque aún no ha vivido intensamente. Pero, por felicidad o por desgracia, vivir no es sólo viajar mucho, tener en el recuerdo innumerables aventuras, ir conociendo, en el trato cotidiano, a los demás hombres, y haber visto, muchas veces repetidos, los mismos hechos y las mismas situaciones.

Pablo Neruda ha vivido mucho, y, en consecuencia, ha sufrido mucho. Seguramente las mayores heridas se las ha abierto su propio pensamiento, con sus eternas interrogaciones torturantes. Él ha hecho, de todos sus dolores, su poesía. Y por eso, sólo por eso, es gran poeta.

## EL LIBRO

Ya desde el título, este libro es un acierto. Crepusculario: es decir, sucesión de crepúsculos que caen en el alma del poeta, apagados, angustiados y desolados; desgarradores los unos, hondamente melancólicos los más, todos llenos de una inquietud eterna y de una opresión silenciosa y desesperadora.

Los poemas de este libro no son, sin embargo, cantos de desesperación: son cantos de un dolor sereno, reconcentrado, un poco sombrío: dolor que no tiene, a veces, otra causa que él mismo, y que encuentra en él mismo su última esperanza; dolor de la herida pequeña que una espina leve o una mano delicada nos hiciera, y que hemos ido agrandando con la mirada escrutadora que hemos posado en ella, con el análisis minucioso y persistente que a ella hemos llevado; dolor de saber el

dolor ajeno, "dolor que, siendo yo quien lo ha sabido, es mucho mayor".

La naturaleza se refleja limpiamente en el espíritu de este poeta, y sabe serenar un poco su turbulencia dolorida: en él la encontramos, acogedora como siempre, acaso transformada, humanizada, capaz de sentir el dolor y la alegría. El poeta no pinta, ni describe, ni hace cuadros más o menos convencionales; se limita a decir, con palabras claras y emocionadas, las sensaciones que mejor hirieron su pupila. Ahí está la "Sinfonía de la Trilla", llena de fragancias rurales y de rudas voces campesinas; ahí está "Playa del Sur", en que su voz, eternamente triste, apenas si se escucha entre la canción rumbera de las olas.

Libro de un hombre, la sombra de la mujer pasa muchas veces sobre sus páginas. Es el amor en sus infinitas variaciones: el amor de la mujer de un instante, "rosal de todas las rosas, en una hora", o bien el de la amada infantil que embelleció de melancolía nuestros sueños primeros:

Ella, la que me amaba, se murió  
(en Primavera  
y se llevó la Primavera al cielo;  
amor—recuerdo que nos entristece  
levemente, amor—, presentimiento  
que nos hace mirar con terror a  
la mujer del presente, al pensar  
en el momento de la inevitable  
separación eterna, cuando ya nada  
pueda fundirnos en uno solo, por-  
que el tiempo habrá realizado su  
obra de muerte, y "porque aunque  
me llames, yo estaré tan lejano".

El poema "Farewell" es, a mi juicio, lo mejor del volumen. Yo sé que Pablo Neruda le tiene cierta desconfianza porque ha gustado a todos los públicos, pero yo creo que, a pesar de todos los públicos, el poema es hermoso, admirable, definitivo. Ninguno como él expresa armoniosamente ese algo tan complejo que es la melancolía del amor, del amor que nosotros mismos rompimos por ese miedo a lo eterno que tienen las almas vagabundas, inquietas, predestinadas al infinito deseo y a la espera infinita.

El poeta lo dice, con voz confidencial:

Yo no lo quiero, Amada.  
Para que nada nos amarre  
que no nos una nada.

Y luego:

Amo el amor de los marineros  
que besan y se van.

El también se va, como ellos, y como ellos sentirá la nostalgia de lo que queda atrás.

Yo me voy. Estoy triste, pero siem-  
(pre estoy triste.

Vengo desde tus brazos, no sé ha-  
(cia donde voy.

Desde tu corazón me dice adiós un  
niño,

y yo le digo adiós...

Todo aquí es armonioso, milagrosamente emocionado, melancólico como el amor y como la vida de todos los días.

Sobre este poema, creo yo, más que sobre ningún otro, temblarán suspiros, y caerán, en silencio, lágrimas de corazones.

Romeo MURGA.

## LA UNIFICACION ESTUDIANTIL

En el número anterior de "Claridad" se anunció la publicación de un artículo que habría causado sensación en los círculos estudiantiles. Su tema, Meno de una ardiente atingencia con la vida organizada de los estudiantes y la franqueza cruda de su exposición habrían sido las causas de que el produjera revuelo. Pero nuestros lectores, sin duda, estarán informados de los acontecimientos que se produjeron al fin de la semana última en torno a las gestiones de unificación estudiantil. La absorción que de la F. de E. pensaba efectuar el núcleo pauescamente burocrático que se hace llamar Federación Nacional, no tuvo lugar. En cambio, los Centros independientes—en un gesto que merece toda consideración—ante la mala fe y el engaño repetidos de que hacían juego los dirigentes de la Nacional, se plegaron a los directores, por parte de la F. de E., de la proyectada Federación Universitaria, y acordaron producir una rápida resolución. Esto, como se comprenderá, varía enteramente la marcha de los asuntos estudiantiles y desvía los comentarios que en un comienzo se pensó hacer.

Nuestra atención se polariza toda hacia un hecho nuevo: la unificación estudiantil, la realidad de un nuevo organismo que se presenta a la vez como continuador de los días gloriosos de la Federación de Estudiantes y a la vez como índice de una transformación profunda en el espíritu estudiantil. No nos pronunciaremos sobre las características de este segundo fenómeno pues reservamos para el momento en que la F. U. desarrolle actividades definidas el juicio que ellas merecerán a una conciencia libre y que analiza.

Entre tanto, no será inútil hacer un rapidísimo esbozo de las fluctuaciones que sufrieron los intentos de unificación que sólo al cabo de dos meses largos han venido a tener resultados, y aún resultados que no se esperaban.

Por intermedio de personas que por su situación ambigua entre las dos instituciones antagónicas—la Fed. de Estudiantes de Chile y la Nacional—podían servir de mediadoras, se dieron los primeros pasos y se iniciaron las conversaciones. Se citó a los presidentes de los Centros estudiantiles separados de ambas entidades y se consiguió de ellos la unanimidad para considerar no sólo conveniente sino indispensable la unificación. Poco a poco, en medio de escollos que a veces amenazaron con la ruptura

y que fueron salvados gracias al tino casi humilde de los representantes de la F. de E. y de los centros independientes, se llegó a concretar en un pacto las bases que presidirían la unificación.

Nada más absurdo que este documento impuesto a la buena voluntad de los aludidos por la altanería grosera de infatuados que distinguió a los miembros de la Fed. Fisco-Nacional. Hay en él una serie de cláusulas que hacen imposible llegar a adoptar ciertos acuerdos y hay otras que se prestan a interpretaciones por demás molestas. Ejemplo de ello es el caso de la mayoría fijada para la elección de presidente de la nueva institución y que hizo imposible obtener una solución satisfactoria a la difícil situación creada a los candidatos Alfonso y Bunster. Afortunadamente los estudiantes rompieron esos pactos ridículos y acordaron hacer la unión en forma espontánea y libre.

Cuando ya todo acuerdo se hacía imposible, la Federación de Estudiantes aprobó presentar a la sesión de la F. U. una fórmula presidencial para reemplazar a las de Alfonso y Bunster que no tenían la mayoría necesaria. A este temperamento adhirieron los presidentes de los Centros independientes, y en la misma noche quedó presentado como candidato a la presidencia de la F. U. Eugenio Matta Figueroa. ¿Qué mayor sacrificio se podía pedir? Se daba la dirección del organismo unificado a un miembro activo de la institución que había manifestado tantas resistencias y dificultades. Pero todo fué inútil ante la torva intranquilidad de unos y la solapada actitud de los otros. La ruptura se impuso entonces y la F. U. resultó espontáneamente por el acuerdo entusiasta de los representantes de todos los centros estudiantiles que existen. Lo demás ya se sabe.

A lo largo de estas gestiones lo único que ha quedado en claro es la mala fe increíble con que actuaron los dirigentes de la llamada Federación Nacional. En medio de ellos había un grupo que, francamente, resistió siempre todo intento en el sentido indicado, ya sea atacando el pacto, ya dificultando por todos los medios a su alcance la obra emprendida. Pero éstos al menos actuaron a plena luz y tuvieron el valor de confesar en repetidas oportunidades su pensamiento hostil, su anhelo de no conciliar.

Los que merecen la más fuerte

## GLOSAS DEL MOMENTO

## LA LIGA DE LAS NACIONES

Algunos empeñados enemigos de las innovaciones altruistas, han sostenido que la Liga de las Naciones es una simple fórmula inútil, y aún perjudicial, para la salud de la Humanidad.

Ciegos!

Alemania invadida y estrangulada por Francia, en nombre de la Civilización, de la cultura y de la paz, es el mejor testimonio de la utilidad de la Liga.

¿Se habría atrevido Francia a realizar el heroico gesto de martirizar y humillar a un país vencido y desarmado, si no contara de un temano con el aliento y el apoyo moral (y material si fuera necesario) de la wilsoniana institución?

Gracias a ella, los negros africanos importados por Poincaré, han podido dedicarse a la apostólica y cultural tarea de enseñar a las jovencitas alemanas, todos los acres y profundos secretos con que se practica el amor en el Congo.

Si las jovencitas alemanas no quieren aprender, se las fuerza...

Al fin y al cabo se trata de hacer prosperar la civilización.

Pero todo no ha de ser obra... artística! Es necesario dedicarse a lo práctico.

Poincaré medita un poco, y concluye: "Hay muchos niños en el mundo... y hay poco pan en el mundo para los niños... franceses... En consecuencia debe reducirse el número de niños alemanes."

Naturalmente, con el apoyo de la Liga de las Naciones.

Las consecuencias de los hechos que nos ocupan. Como Jano, la diosa de dos caras, se presentaban a las reuniones a que dió lugar la unificación quejándose de las dificultades que los anteriores les oponían y haciendo protestas de su fiel cariño, de su adhesión al propósito perseguido y a la institución antagonica con que pactaban. La otra faz de sus actuaciones no vino a ser conocida sino mucho más tarde cuando, ya realizada de hecho la unificación, con prescindencia de los empleados fiscales que en la Nacional se cobijan, apareció en los diarios de Santiago un manifiesto groseramente falso, firmado por el presidente y el secretario de aquella raquítica organización. El engaño ha sido la norma única que han tenido en vista para actuar los miembros de la Federación Fisco-Nacional. Nunca se ha podido saber en qué habían puesto el pensamiento, cuál era su predilección en las gestiones que se realizaban ni qué esperaban de ellas. A fuerza de engaño han prolongado por tanto tiempo la situación equívoca en que se encontraban las instituciones estudiantiles. Y sólo a fuerza de engaño es concebible que mantuvieran la farsa de su miserable existencia mendicante de los favores del Gobierno y de los partidos que en él se turnan.

¿Ha comenzado una nueva fase de la vida estudiantil? Todo parece así indicarlo, y nos congratulamos de ello cualesquiera que sean

Ante tan conmovedor ejemplo de abnegación y de humanitarismo. Italia, siente despertar en ella el ímpetu ancestral de los Césares gloriosos, y decide conquistar la Grecia.

Pero esto topa en un pequeño obstáculo según el cual debe castigarse a cualquiera de sus miembros que ataque a otro.

César Mussolini no se detiene por tan poco y declara: "El bombardeo y la ocupación de Corfú e islas adyacentes no pasa de ser un amistoso, civilizador y persuasivo acto diplomático... Por lo demás, en cuestiones que ofrecen la posibilidad de acrecer el territorio italiano me importan un bledo los pactos..."

Los señores de la Liga se reúnen, discuten y proclaman:

"Grecia ha ofendido a Italia no oponiendo resistencia al bombardeo y desembarco de sus gloriosos marinos en la isla de Corfú; lo cual redujo vergonzosamente el número de muertos griegos, e impidió que la marina italiana incrementara el calendario de sus héroes... Visto lo cual, sentenciamos: "Grecia debe ser castigada."

Y, después de tan sabia resolución, aún habrá testarudos empeñados en sostener que la Liga de las Naciones es una cofradía de pueblos chicos y grandes para ayudar a estos últimos a comerse a los primeros!

Raúl LIBERATTI.

Las consecuencias de los hechos que nos ocupan.

No nos podemos, honradamente, pronunciar aún sobre la Federación Universitaria que nace a la vida con el empuje y el entusiasmo tan propios de la juventud. Hay quienes dicen que ella no tendrá nada que ver con el antiguo pensamiento juvenil que agrupó a los buenos muchachos de la Federación de Estudiantes de Chile. Sin embargo, creemos que su mérito estaría precisamente en saber ser la continuación—y quien dice continuación dirá necesariamente superación—de ésta. El tiempo nos lo dirá. Aun no actúa el nuevo organismo y es natural que mientras pasa el período de asimilación y de crecimiento a que están sometidos por ineludible ley biológica los cuerpos vivos, no desgaste en efímeras y acaso malsanas actividades sus fuerzas nacientes.

R. L. GUZMAN.

UNION LOCAL DE LOS I. W. W.

Gran pick-nick para los días 18 y 19 del presente. Se efectuará en la Quinta "Los Castaños", ubicada en Avenida Independencia esquina Francia.

Habrán juegos deportivos, números artísticos, conferencias, buffet. Todo esto amenizado por las Estudiantinas "Libertad" y "Esmeralda".

Las entradas están a disposición de los compañeros en Nataniel 1057.

Lea Ud.

"CREPUSCULARIO"

VERSOS DE PABLO NERUDA

PRECIO \$ 4.50